



# Intruso

Aryam Canard

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7º semestre

Cuando encendí el televisor, mi programa favorito estaba por comenzar, tarareé la canción de inicio, pero duró sólo unos minutos porque el capítulo fue interrumpido para transmitir un mensaje del presidente. Hablaba en un idioma desconocido para mí, sólo lograba entender unas palabras, por lo que mejor presté atención a los subtítulos. Fue difícil no distraerme con el tono verdoso de su piel que combinaba con su cabello rojo. Sonreía de manera exagerada y tocaba su peinado a cada minuto.

El mensaje decía: “Estamos por limpiar el país. Exterminaremos a todo aquel que no porte su credencial de identificación o que no labore en alguna de las empresas de *Corporaciones Tromp-eta*. Para evitar intrusos dentro de la nación, se edificará un muro. No lo olviden, el futuro es hoy”. Terminó con otra de sus sonrisas y guiñó el ojo, lo que provocó que los cabellos de la nuca se me erizaran. El programa de televisión se reanudó, pero ya no logré concentrarme. Una voz en mi mente gritaba: “¡Peligro! ¡Peligro!”. Dejé de perder el tiempo y me puse a trabajar. Tenía solicitudes pendientes para la elaboración de documentos de identidad falsos.

Aquella noche recibí múltiples llamadas. El pánico había crecido entre los indocumentados, algunos lloraban y otros pedían mi ayuda a gritos: ¡necesitaban credenciales de inmediato! Los dedos se me acalabraban de tanto teclear los nombres de esas personas. No había tenido tiempo de pensar en lo que realmente sucedía hasta que comencé a alterarme por la reacción que la sociedad tuvo ante el discurso del presidente.

Miré la hora en el celular y eran las nueve de la noche. Tomé una bebida energética, mis ojos comenzaban a cerrarse, pero cada vez que eso sucedía, pensaba en la cantidad de dinero que recibiría. Timbró mi teléfono. Era un nuevo mensaje de un número desconocido. En la pantalla se leía: “Ten cuidado”. Apagué el aparato.

Las diversas empresas de *Corporaciones Tromp-eta* comenzaron a tapizar las calles con propaganda, invitando a los ciudadanos a trabajar en ellas. El presidente sonreía hipócritamente en aquellas pancartas donde alentaba a formar parte de su sistema. Me pasó por la mente enviar un currículum, ya que trabajar en ese lugar sería una manera de sobrevivir a las bestias que acechaban en cada esquina. Aparté ese pensamiento.

La vigilancia aumentó y cada día era más difícil citar a las personas. Las patrullas estaban en todas partes buscando intrusos y lanzando miradas de muerte cuando identificaban a alguien de color azul verdoso. Presencí unos cuantos arrestos. Los detenidos berreaban y escupían a los policías mientras las personas de alrededor salían huyendo, signo inequívoco de ser un indocumentado. Lentamente el caos se apoderaba de la ciudad, pronto sucedería lo mismo con el resto del país.

Una noche, en el callejón 65, una joven pasó a recoger su credencial; tenía los ojos inyectados de sangre, diversos moretones le pintaban el rostro de azul claro, llevaba los labios de color naranja y un vestido muy corto. Sentí una punzada en el pecho cuando me tomó las manos y, entre lágrimas, me dio las gracias.

El teléfono no dejaba de sonar. Algunos llegaban a mi departamento golpeando la puerta frenéticamente. Me miré al espejo y las ojeras resaltaban mi piel, la barba estaba crecida y mi cabello era color violeta. Esta imagen no sólo era reflejo del trabajo de varias noches sino del terror que sentía, pero que ocultaba al salir a la calle.

Uno de esos días, el material que usaba para la elaboración de credenciales se terminó. Llamé a Carlos, el proveedor, y me dijo que lo recogiera de inmediato. Tomé esa salida como un descanso; aunque en realidad estaba aterrado, intenté mostrarme tranquilo para no caer en la red de pánico en que la mayoría se encontraba. Paré en la cafetería situada a unas cuadras de mi casa y pedí una rebanada de pastel y un café. Le sonreí a Mitchell, la cajera; me gustaba mirar sus ojos color violeta. Charlamos un momento hasta que un policía ingresó mostrando su placa para imponer terror. Así me acordé de las credenciales y de los gritos de las personas que me asechaban por el teléfono y en mi mente.

Estaba a unas cuadras de la tienda cuando recordé haber olvidado el pastel, así que recogí rápido el material. Carlos se notaba asustado, le temblaba una mano. Intenté mostrarme lo más normal posible. “Yo creo que voy a cerrar este lugar y largarme de aquí”, susurró. Asentí y le di las gracias. Encendí un cigarrillo y me fui.

Caminaba de regreso a la cafetería cuando una mano tocó mi hombro. Volteé de inmediato. Dos agentes de cabello azul me mostraron sus identificaciones y en un idioma casi entendible, pero mezclado con el del presidente, pronunciaron:

*You are ustid det-inido, don't se opongo o the consequences serán mayor-ess. We will, umm..., lo arrestaremous y suprimiremous del país, dirigiéndolo to the house of the... de máxima seguridad of your enti-ti-dad...*

